

Escrito por: Anonymous

Resumen:

Un amigo estaba de forma permanente al acecho de mi esposa y le hacía proposiciones que al decir de ella , las rechazaba . Pero lo cierto es que las deseaba y un día me confesó estar coladita y deseosa.

Aquello fue un revulsivo y mi pensamiento volaba por verla entre los brazos del amigo.

Hasta que pasó.

Relato:

El asunto iba tomando forma porque entre ellos estaban tramando la forma y momento del inicio .

Estaba informado y desconcertado por saber realmente si mis fantasías de cornudo me satisfacían o por el contrario aquello acababa con mi matrimonio.

Entre los tres había un pacto de silencio porque su esposa no estaba al corriente y eso que era también fantasía recurrente por mi parte para hacer un cuarteto .

Pero no , la puesta en escena era en nuestro hogar en una velada particular que ellos habían preparado.

Yo era el convidado de piedra , podía mirar sin aspavientos e incluso sacar fotos del acto.

Y llegó el día , era fin de semana y la excusa con su esposa estaba hecha.

Pasaría al menos dos noches fuera de su domicilio y el contacto sería por móvil.

Así que nada más llegar ya había preparado una conversación antes de la cena .

Mi papel era difícil de sobrellevar , él es mi amigo casi desde la infancia lo que añade aún más morbo porque entre ellos existe un pequeño lazo de parentesco gracias al cual hacen continuas chanzas , arrimones y pellizcos en mi presencia.

Y el timbre sonó . Venía muy nervioso y yo también.

Ella se había preparado a conciencia , se había comprado lencería nueva y ropa ajustada. Lucía muy bien y estaba totalmente salida.

Los abrazos iniciales se convirtieron en un coqueteo constante donde se notaba la dominación que ejercía sobre ella que estaba absorta y desmelenada por tanto acoso y derribo.

El ausente que era yo , pasmado.

Los refrotones que observaba eran el preludio de una muerte anunciada que se veía venir.

Muchas risas , manos muy sueltas y ella sin dirigirme la mirada desde el inicio que me miró cuando el ojo y pidiéndome calma con las manos .

Los tortolitos en el sofá sentados con picoteo de morros y besos apasionados.

Lentamente la escena transcurría aparentemente habitual pero la procesión iba por dentro .

Cada revolcón era para mí un martirio aunque también es cierto que pensaba para mis adentros que estaba de suerte por tener una hembra hermosa y deseada y la había tenido ya más de veinticinco años conmigo y los buenos ratos en la cama pasados. Ahora ella era una diosa y a la vez la querida de mi amigo que se la comía con la mirada, con las manos y con su boca. Mientras iba a por la cena observaba desde la puerta el encoñamiento y la pasión. Mi pene prieto en su cárcel demandaba un alivio que sólo podía darle con la mano pues ella estaba ocupada en otros menesteres no conyugales sino extraconyugales. Y disfrutaba de lo lindo incluso parecía perversa por su forma de comportamiento. Ya en la cena dejaron sus tejemanejes y hablamos de forma algo subida de tono. El programa lo iban marcando ellos. El amigo tenía propuestas medio compartidas entre los tres y también ratos a solas. Lo cierto es que la cena fue rápida y fueron directamente al grano. Sus devaneos por encontrar la mejor postura para dedicarse a su labor dieron sus frutos. Y deseosos de probar su sexualidad a flor de piel se encaminaron a la cama. Fui detrás y me bloquearon la puerta. Pasaron al menos dos horas hasta que salió ella desnuda y con medias negras para darse una ducha y lavarse la vulva chirriada. El amante esperaba pacientemente y le miré su miembro. Lo habían hecho y seguía empalmado y muy tieso. Su tamaño era formidable y ella me lo confirmó más tarde. Al salir de la ducha el amigo me dijo, pasa, pasa si es que quieres pero no sufras, los tres lo deseamos y esto debe ser a partir de ahora rutinario. Había tomado posesión de la casa, de mi mujer y nos mandaba en nuestra propia casa. Transcurrí los primeros lances tras la ducha y tuve que irme al no poder controlar la eyaculación al verlos dale que te pego sin parar. Me retiré y no volví. Aquella noche más de un grito escuché y no era de dolor. Los tortolitos se levantaron a desayunar y dirigiéndose a mí el amigo me dijo que tenía una jaca muy buena y que ahora sería su puta y yo estaría agradecido. El muy cabrón se permitía licencias que ella reía. Insinuó que aquella cueva había estado mal trabajada según versión de mi esposa y que todo iba a cambiar. A partir de ahora se permitía mirar y no tocar. Y poniendo sus manos sobre ella me miraba, la besaba y decía "mira cabrón" y la besaba. Anduvieron desnudos por la casa y corriendo una tras otra como dos chiquillos. Lo hicieron todo lo que quisieron y al despedirse me dió una palmadita en la frente y susurró "que no te crezcan mucho". Hoy somos esclavos pero estamos satisfechos.